

ESPEJOS Y PORTALES



ANTOLOGÍA DE TEXTOS

FINAL PARA UN CUENTO FANTÁSTICO (I.A. IRELAND)(1919)

-¡Que extraño! -dijo la muchacha avanzando cautelosamente-. ¡Qué puerta más pesada!
La tocó, al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.
-¡Dios mío! -dijo el hombre-. Me parece que no tiene picaporte del lado de adentro. ¡Cómo,
nos han encerrado a los dos!
-A los dos no. A uno solo -dijo la muchacha.
Pasó a través de la puerta y desapareció.

MENSAJE (THOMAS BAILEY ALDRICH)(1912)

Una mujer está sentada sola en una casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean a la puerta.

UN SUEÑO (JORGE LUIS BORGES)

En un desierto lugar del Irán hay una no muy alta torre de piedra, sin puerta ni ventana. En la única habitación (cuyo piso es de tierra y que tiene la forma de círculo) hay una mesa de madera y un banco. En esa celda circular, un hombre que se parece a mí escribe, en caracteres que no comprendo, un largo poema sobre un hombre que en otra celda circular escribe un poema sobre un hombre que en otra celda circular... El proceso no tiene fin y nadie podrá leer lo que los prisioneros escriben.

DAS KAPITAL (DAVID ROAS)(2011)

*¡Hay tantas cosas en la vida
más importantes que el dinero!
¡Pero cuestan tanto!*
Groucho Marx

Overbooking. Los labios de la señorita que me atiende tras el mostrador de Swiss Air acaban de pronunciar la temida palabra. Para una vez que llego al aeropuerto con bastante antelación, resulta que el avión ya está lleno. La empleada, muy amable, se disculpa (Désolée, monsieur), me entrega una tarjeta de embarque sin asiento asignado y me pide que me dirija a la puerta A-8, donde sus compañeros tratarán de arreglar el problema. Sé que debo confiar en la eficacia helvética, pero, dado mi natural pesimismo, algo en mi interior me advierte de que el día ya no puede depararme nada bueno.

Aparto de mi mente tales pensamientos y me dirijo, siguiendo las instrucciones de la amable empleada, a la puerta A-8. Paso sin dificultades los diversos controles, me acerco al mostrador de la compañía, y tras explicar mi problema a las dos personas que me atienden, éstas me piden que me siente y espere. Al parecer, no soy el único con dicho problema. Una pareja me observa y sonrío como diciéndome Sí, a nosotros nos ha pasado lo mismo. Abro el macuto, saco un libro y me sumerjo en su lectura para entretener la espera.

Al cabo de un rato que se me hace eterno, uno de los empleados de Swiss Air que antes me han atendido se me acerca y me entrega una tarjeta de embarque. Pero al revisar el billete, recibo la segunda sorpresa del día, pues me han asignado un asiento de primera clase. Como tiene que tratarse sin duda de un error, voy raudo a comunicárselo a los empleados de Swiss Air, quienes, sin abandonar su amabilidad, aunque con cierto retintín de condescendencia, me dicen que no me preocupe, que no es ninguna confusión, sino que es algo usual recolocar a un pasajero de segunda clase (dicho así suena fatal) en primera.

Al entrar en el avión no puedo reprimir un escalofrío. Un mundo nuevo (sí, lo confieso, es mi primera vez) se abre ante mí. Nervioso como un niño en la noche de reyes, me dirijo a la plaza que me han asignado: allí me espera un enorme asiento de cuero gris donde me arrellano con un leve gruñido de placer. Compruebo, casi con lágrimas en los ojos, que puedo estirar las piernas con toda comodidad.

Antes del despegue, una azafata reparte con una amplia sonrisa periódicos, chocolatinas y agua (su acostumbrado uniforme azul me parece más sobrio y elegante que nunca). Entonces, un decepcionante pensamiento aflora enseguida en mi mente: ahora seguro que me dice que a mí no me dan nada de eso porque no he pagado el billete correspondiente. Me equivoco (otra vez), y recibo, agradecido, los mismos presentes que el resto de mis compañeros. Tras comerme la chocolatina, abro el recipiente del agua. Resulta deliciosa. Agua de primera, me digo, haciendo un chiste fácil.

El avión despegue cómoda, limpiamente. En pocos minutos, se estabiliza y la amable azafata de antes empieza a servir la cena. Más sorpresas: la trucha está exquisita, el vino es un Mosela estupendo (250 cc.), el postre de chocolate es sublime (la azafata, al verme disfrutar, me trae otro plato, guiñándome un ojo), incluso el café resulta excelente... Y todo acompañado con inesperados cubiertos de metal (busco, disimuladamente, caras semíticas a mi alrededor, pues les están entregando el avión en bandeja; pero mis miedos son infundados).

Me levanto y voy al baño. Antes de regresar a mi plaza, siento la irreprimible tentación de mirar al otro lado de la cortina que la azafata, como es habitual, ha corrido tras el despegue para aislar la zona de primera clase (un acto que en mis anteriores vuelos siempre he sentido, desde mi asiento de segunda, como un insulto). Pero mi curiosidad no está motivada porque ahora me considere –circunstancialmente– superior a los viajeros de esa parte del avión, sino por una cuestión de perspectiva. En otras palabras, para experimentar qué se ve desde el otro lado de esa frontera de tela, ligera pero infranqueable.

Aparto un poco la cortina y me asomo. El panorama que aparece ante mis ojos es sobrecogedor: los viajeros se agitan salvajemente agarrados a los apoyabrazos de los asientos, algunos rezan, otros gritan, los miembros de la tripulación, sentados al final del avión, no pueden reprimir su pánico... Las fuertes sacudidas abren algunos de los compartimientos y caen maletas, objetos, prendas de ropa, sobre los aterrorizados viajeros.

Entonces me doy cuenta de que yo no noto nada. Miro detrás de mí y compruebo que en la zona de primera clase todo está tan tranquilo como al principio: mis compañeros han acabado

de cenar y unos se han puesto a leer, otros charlan pausadamente, algunos incluso dormitan, mientras la azafata sirve café acompañada de su plácida sonrisa.

Vuelvo a asomarme al otro lado de la cortina y contemplo la misma escena espeluznante. Los viajeros siguen gritando, muchos lloran histéricos, una mujer abraza desesperadamente a su bebé. Las turbulencias son tan violentas que temo que el avión no pueda superarlas.

Asustado, estoy a punto de decirle algo al tipo que tengo sentado más cerca cuando noto una leve presión en el brazo izquierdo. Es nuestra azafata. Como si yo fuera un niño pequeño que ha hecho una travesura, me hace un simpático mohín de reproche, coge mi mano y, tras cerrar delicadamente la cortina, me acompaña hasta mi asiento.

Antes de sentarme le pregunto si puede traerme un whisky. Sin decir una palabra, toma una botella del carrito metálico, sirve una generosa cantidad de escocés y me entrega el vaso con una enorme, deliciosa y sedante sonrisa.

Arrellanado en mi asiento de suave cuero gris, me dejo embriagar por el sabor de la malta y finjo que pienso en la revolución.

Distorsiones

EL NIÑO LOBO DEL CINE MARI (JOSÉ MARÍA MERINO) (1941)

La doctora estaba en lo cierto: ningún proceso anormal se desarrollaba dentro del pequeño cerebro, ninguna perturbación patológica. Sin embargo, si hubiese podido leer el mensaje contenido en los impulsos que habían determinado aquellas líneas sinuosas, se hubiera sorprendido al encontrar un universo tan exuberante: el niño era un pequeño corneta que tocaba a la carga en el desierto, mientras ondeaba el estandarte del regimiento y los jinetes de Toro Sentado preparaban también sus corceles y sus armas, hasta que el páramo polvoriento se convertía en una selva de nutrida vegetación alrededor de una laguna de aguas oscuras, en la que el niño estaba a punto de ser atacado por un cocodrilo, y en ese momento resonaba entre el follaje la larga escala de la voz de Tarzán, que acudía para salvarle saltando de liana en liana, seguido de la fiel Chita. O la selva se transmutaba sin transición en una playa extensa; entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello, que había sido arrojada por las olas; el niño encontraba la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretase de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata.

Una vez más, la doctora observó perpleja las formas de aquellas ondas. Como de costumbre, no presentaban variaciones especiales. Las frecuencias seguían sin proclamar algún cuadro particularmente extraño. Las ondas no ofrecían ninguna alteración insólita, pero el niño permanecía insensible al mundo que le rodeaba, como una estatua viva y embobada.

El niño apareció cuando derribaron el Cine Mari. Tendría unos nueve años, e iba vestido con un traje marrón sin solapas, de pantalón corto, y una camisa de piqué. Calzaba zapatos marrones y calcetines blancos. La máquina echó abajo la última pared del sótano (en la que se marcaban

las huellas grotescas que habían dejado los urinarios, los lavabos y los espejos, y por donde asomaban, como extraños hocicos o bocas, los bordes seccionados de las tuberías) y, tras la polvareda, apareció el niño, de pie en medio de aquel montón de cascotes y escombros, mirando fijamente a la máquina, que el conductor detuvo bruscamente, mientras le increpaba, gritando:

–Pero qué haces ahí, chaval. Quítate ahora mismo.

El niño no respondía. Estaba pasmado, ausente. Hubo que apartarlo. Mientras las máquinas proseguían su tarea destructora, le sacaron al callejón, frente a las carteleras ya vacías cuyos cristales sucios proclamaban una larga clausura, y le preguntaban.

Pero el niño no contestó: no les dijo cómo se llamaba, ni dónde vivía. No les dio atisbo alguno de su identidad. Al cabo, se lo llevaron a la comisaría. Aquel raro atildamiento de maniquí antiguo, y el perenne mutismo, desconcertaban a los guardias. Al día siguiente, las dos emisoras daban la curiosa noticia, y en el periódico, por la mañana, salió una fotografía del niño, con su rictus serio y aquellos ojos fijos y ausentes.

La doctora puso en marcha el aparato y comenzó a oírse otra vez el cuento. En el niño hubo un breve respingo, y sus ojos bizquearon levemente, como agudizando una supuesta atención cuyo origen tampoco podía ser comprobado. Tanto los sonidos reproducidos a través de algún instrumento como las imágenes proyectadas de modo artificial, le hacían reaccionar del mismo modo, y producían unas ondas como de emoción o súbito interés. La doctora suspiró y le palmeó las pequeñas manos, dobladas sobre el regazo.

–Pero di algo.

El niño, una vez más, permanecía silencioso y absorto. Al parecer, su nombre era Pedro. Al poco tiempo de haberse publicado la foto en el periódico, una señora llorosa se presentaba en la redacción con la increíble nueva de que el niño era hijo suyo, un hijo desaparecido hace treinta años. La señora era viuda de un fiscal notorio por su dureza. Le acompañaban una hija cuarentona. Extendió sobre la mesa del director una serie de fotos de primera comunión en que era evidente el parecido. Acabaron por entregarle el niño a la señora, al menos mientras el caso se aclaraba definitivamente. El hecho de que un niño desaparecido treinta años antes (en un suceso misterioso que había conmovido a la ciudad y en el que se había aludido a causas de venganzas oscuras) apareciese de aquel modo, como si sólo hubiesen transcurrido unas horas, era tan extraño, tan fuera del normal acontecer, que a partir del momento en que se le atribuyó aquella identidad, ni la prensa ni la radio volvieron a hacerse eco de la noticia, como si el voluntario silencio pudiese limitar de algún modo lo monstruoso del caso.

Sin embargo, el asunto era objeto de toda clase de hipótesis, comentarios y conclusiones en mercados y peluquerías, oficinas y tertulias y, por supuesto, en cada uno de los hogares. Hasta tal punto el tema parecía extraño, que los amigos de la familia dudaban si lo más adecuado sería darle a la madre la enhorabuena o el pésame. Al aparecido le llamaron “el niño lobo” desde que ingresó en la Residencia, aunque la doctora señalaba lo impropio de la denominación, ya que el niño no manifestaba ningún comportamiento por el que pudiese ser asimilado a aquel tipo de fenómenos, sino sólo una especie de catatonía, de rara estupefacción. Sin embargo, las extrañas circunstancias de su aparición, aquella presencia alucinada, sugerían realmente que el niño hubiese sido recuperado fortuitamente de algún remoto entorno, virgen de presencia humana.

Puso música y el niño tuvo otro pequeño sobresalto. Era un niño muy guapo. Ahora la miraba como si quisiera decirle algo, pero ella sabía que era inútil animarle. Aquella supuesta intención era sólo una figuración suya. El desconocido pensamiento del niño estaba muy lejos. Era una verdadera pena.

–Te voy a llevar al cine –dijo la doctora.

Primero, le reconocieron en la Residencia. Luego, la familia le había trasladado a Madrid, buscando esa mayor ciencia que siempre en provincias se atribuye a la capital. Pero no hubo mejores resultados. Cuando volvió, el niño mantenía la misma presencia atónita y, aunque las hermanas hablaban de llevarle a California (donde al parecer las cosas del cerebro estaban muy estudiadas), la madre se había acostumbrado ya a la presencia inerte de aquel muñeco de carne y hueso, y posponía la decisión de separarse de él.

De vuelta a la ciudad, el niño seguía subiendo a la Residencia, donde la doctora le miraba todas las semanas. La doctora era bastante joven, y se estaba tomando el caso con mucho interés. Además de las connotaciones médicas y científicas del asunto, le fascinaba la impasibilidad de aquel ser mudo, cuyos ojos parecían mostrar, junto a un gran olvido, un desolado desconcierto.

La evidente influencia que producía en el cerebro del niño cualquier imagen o sonido proyectado a través de medios artificiales, le había sugerido la idea de llevarle al cine. La doctora era poco aficionada al cine, sobre todo por una falta de costumbre que provenía de su origen rural, de un internado severo de monjas y de una carrera realizada con bastantes esfuerzos y poco tiempo de ocio. Sus descansos vespertinos solía emplearlos en la lectura de temas vinculados a su profesión, y sólo de modo ocasional (y más como ejercitando un obligado rito colectivo, donde lo menos significativo era el espectáculo en sí) asistía a la proyección de alguna película que la publicidad o los compañeros proclamaban como verdaderamente importante. La idea le surgió al ver las largas colas llenas de niños que rodeaban al Emperador. Al parecer, se trataba de una de esas películas de enorme éxito en todas partes, que se pregonan como muy apropiadas al público infantil, con batallas espaciales y mundos imaginarios.

La doctora se proponía observar cuidadosamente al niño a lo largo de toda la sesión, escrutando el pulso, la respiración y otras manifestaciones físicas del posible impacto que la visión de la película pudiese tener en aquel ánimo misteriosamente ajeno.

Le observó durante los primeros minutos de proyección. El niño se había acurrucado en la butaca y observaba la pantalla con una avidez de apariencia inteligente. Mientras tanto, la historia comenzaba a desarrollarse. Una espectacular nave aérea perseguía a otra navicilla por un espacio infinito, fulgurante de estrellas, muy bien simulado. La nave perseguidora hace funcionar su artillería. La pequeña nave es alcanzada por los disparos de raro zumbido, y atrapada al fin por medio de poderosos mecanismos. El vencedor llega para conocer su presa. Es una estampa atroz: una figura alta, oscura, con un gran casco negro parecido al del ejército, cuyo rostro está recubierto por una mezcla imprecisa de animales y objetos: ratas, mandriles, cerdos, caretas antigás.

Entonces, el niño extendió su mano y sujetó con fuerza la de la doctora. Ella sintió la sorpresa de aquel gesto con un impacto más que físico. Exclamó el nombre del niño. Le observó de cerca, al reflejo de las grandes imágenes multicolores. En los ojos infantiles persistía aquella mirada inteligente, absorta en la percepción óptica, y la doctora sintió una alegría esperanzada.

La princesa ha sido capturada, aunque ha conseguido lanzar un mensaje que sus perseguidores no advirtieron. Mientras tanto, sus robots llegan a un desierto reverberante, cuya larga, soledad sólo presiden los restos de gigantescos esqueletos. El cielo está inundado de un extraño color, en un crepúsculo de varios soles simultáneos.

Sin darse cuenta, la atención de la doctora se distrajo en aquella insólita aventura y no percibió que el niño había soltado su mano. El niño había soltado su mano, y atravesaba la oscuridad multicolor, ascendía por la rampa de la nave, conseguía introducirse en ella como disimulado polizón.

La nave corría rápidamente el espacio oscuro, lleno de estrellas, que la rodeaba como un cobijo. Los héroes vigilaban el fondo del cielo para prevenir la aparición del enemigo.

Al fin, la doctora se dio cuenta de que el pequeño había soltado su mano y volvió la cabeza a la butaca inmediata. Pero el niño ya no estaba y, del mismo modo que había sucedido en aquella lejana desaparición primera, la búsqueda fue completamente infructuosa.

[Cuentos del Reino Secreto, Madrid, Afaguara, 1982](#)

BARBA AZUL (CHARLES PERRAULT)

Cuentan que vivió en otros tiempos, en un magnífico palacio rodeado de jardines, un caballero dueño de una extraordinaria fortuna. No se tenían noticias de que hubiese un palacio mejor que el suyo, ni caballerizas que guardasen caballos como los que él tenía; ni nadie había visto jamás joyas y vajillas tan valiosas como las suyas.

Pero como nada hay completo en la vida, este caballero, de cuya vida se sabía muy poco, tenía una enorme barba de color azul; y ya sea por el color o por el tamaño de la barba, lo cierto es que, sin ser desagradable, su figura imponía temor. Por eso eran pocas las personas que lo trataban.

En las proximidades de su castillo, había otro, también hermoso, pero más pequeño, en el que vivía una señora viuda, con dos hijas, a cuál más linda. Y habiéndolas visto el tal señor pasear juntas por el jardín, se enamoró perdidamente de una de ellas y la pidió en matrimonio.

La viuda, a quien desagradaba el aspecto del caballero, cambió de opinión al conversar con él; tratable y simpático, sólo tenía, aparentemente, el defecto del extraño color de su barba. Las niñas no pensaron así, y Barba Azul —así llamaremos al personaje, pues por tal nombre le conocía todo el mundo—, tratando de ganarse las simpatías de las hermanas, las invitó a que visitaran su palacio.

Y ocurrió que el temor que experimentaban, sobre todo la solicitada por esposa, terminó por desaparecer totalmente durante la visita. Fue tan magnífica la fiesta que se hizo y tan amable y correcto se mostró el dueño de casa, que llegaron a la conclusión de que el color de la barba no significaba en él un defecto.

A ello se debió que pocos días más tarde se celebrara la boda de la niña con el poderoso señor del castillo. Durante el primer mes, el matrimonio vivió en la más perfecta armonía. Marido y mujer se consideraban los más felices mortales.

Un día, Barba Azul anunció a su esposa la necesidad que tenía de realizar un viaje.

—Será por poco tiempo —le dijo—, pero como no quiero que mi ausencia signifique para ti el menor contratiempo, te daré las llaves de todos los aposentos del palacio. Puedes visitarlos todos menos uno, el que se abre con esta llave negra —continuó señalándosela en el llavero—;

y recuerda bien mi advertencia. Mucho me disgustará el saber que me has desobedecido, y de ello me daré cuenta inmediatamente.

La joven esposa prometió cumplir la orden de su esposo, quien, después de despedirse de ella, subió al coche que le aguardaba y se puso en marcha.

Varios días después, la esposa de Barba Azul, un poco fastidiada de la soledad, invitó a su madre, su hermana y a varias amigas a que pasaran la tarde con ella. Deseaba que conocieran y admiraran las riquezas que guardaba el palacio. Ninguna faltó a la invitación. Utilizando las llaves que le había dejado su esposo, la joven mostró a sus visitas los diferentes aposentos del palacio: las salas, el comedor, los dormitorios, etc., adornados todos ellos con maravillosos tapices, magníficos cuadros, y costosísimas alfombras. Cuando nada quedó por ver, se despidieron las amigas, pero una, al notar en el llavero la llave negra, preguntó a la joven a qué aposento correspondía.

—Pertenece a uno que mi esposo me ha recomendado mucho que no abra —respondió.

— ¿Y no estando él tienes miedo de hacerlo? —le preguntó con ironía su amiga—. ¡Qué tonta!

Al quedarse sola, la esposa de Barba Azul comenzó a pensar en aquellas palabras. Realmente, ¿cómo podría darse cuenta su marido de que ella había abierto la puerta del aposento prohibido? Y como las palabras de su amiga habían despertado su curiosidad, desechó los escrúpulos que sentía. Se acercó a la puerta, y sin detenerse a pensar que procedía mal, introdujo la llave en la cerradura. Abrió despacio la puerta, y miró hacia dentro. Al principio, la oscuridad que reinaba en el aposento le impidió distinguir nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron alcanzó a ver algunas manchas en el suelo. Acercándose más, notó que eran manchas de sangre, y al levantar la vista, asustada, vio varios bultos, como de cuerpos humanos, que colgaban de la pared. ¿Serían las anteriores esposas de Barba Azul, de quienes se decía que habían sido muertas por él? La joven lanzó un grito y estuvo a punto de perder el conocimiento. Se sobrepuso, sin embargo, pero el temblor que le produjo el desagradable espectáculo hizo que la llave se le cayera de la mano. Llena de espanto se dispuso a abandonar aquel sitio, recogió la llave, cerró nuevamente la puerta y bajó la escalera que conducía a la planta baja. Sólo cuando estuvo encerrada en su dormitorio se dio cuenta de que la llave presentaba una mancha roja. Trató de limpiarla frotándola repetidas veces con un trozo de paño, pero todo fue inútil. No sólo no desaparecía la mancha, sino que por instantes parecía más clara y nítida.

Aquella misma noche regresó de su viaje Barba Azul, y lo primero que hizo fue pedirle las llaves a su esposa. Esta le respondió que las tenía guardadas y que a la mañana siguiente se las entregaría. Con eso, pretendía tomarse tiempo para pensar en lo que debía hacer. Pero nada se le ocurrió que la sacara del apuro.

A la mañana siguiente, Barba Azul repitió el pedido y su esposa le entregó el llavero, pero previamente había escondido la llave manchada. Tenía la esperanza de que su esposo no advirtiera su falta. Pero no fue así.

— ¿Por qué falta la llave negra? — preguntó apenas tuvo en su poder el llavero.

—Sin duda la he dejado en mi habitación — exclamó la joven.

—Pues es necesario que la traigas ahora mismo — dijo Barba Azul.

No fue posible esperar más, y la pobre joven, temblando de miedo, subió a su habitación, tomó la llave, bajó con ella y se la entregó a su esposo. Barba Azul la miró un instante sobre la palma de la mano, y al advertir la mancha, exclamó lleno de cólera:

— ¡Ya sé por qué está manchada esta llave! ¡Has desobedecido mis órdenes! ¡Tú has entrado en el cuarto prohibido y en él ocuparás el lugar que te corresponde!

La infeliz se arrodilló suplicando perdón y asegurando que se hallaba arrepentida de haberse dejado llevar por la curiosidad.

— ¡Te dije que no abrieras ese cuarto! — bramó Barba Azul.

Y de nada valieron las lágrimas y los ruegos; el terrible hombre tenía ciertamente el corazón más duro que una roca.

—Vas a morir —le dijo—. A ti también te colgaré en el cuarto prohibido...

Al comprender la niña que nada convencería a su esposo, replicó tristemente:

—Ya que así lo has decidido, te ruego me des un poco de tiempo para hacer mis oraciones y rogar a Dios por la salvación de mi alma.

—Sea —respondió Barba Azul—; te daré una hora para ello. ¡Ni un minuto más! Y también, para que veas que no soy tan malo como dicen, mandaré llamar a tu hermana a fin de que te despidas de ella.

Mientras la afligida esposa se refugiaba en la torre del palacio, un emisario de Barba Azul fue en busca de la hermana. Y cuando ésta llegó, la dueña de casa le contó con todos los detalles lo que había ocurrido y cuál era la suerte que le esperaba.

— ¡Querida Ana! —tal era el nombre de la hermana, exclamó. Ya ves que no debo tener esperanzas. Dentro de una hora habré corrido la misma suerte que las esposas anteriores. ¡He de morir irremisiblemente!

Ana, que temía que Barba Azul no cambiaría de manera de pensar, se puso a dar ánimo a su hermana.

—No debes perder las esperanzas. Hoy regresarán nuestros dos hermanos y es posible que lleguen a tiempo para salvarte.

—Pues asómate a la torre para ver si vienen y hazles señas de que se apresuren.

Y mientras Barba Azul se paseaba en el patio del palacio, esperando el momento de cumplir su amenaza, las dos hermanas, asomadas en la torre, miraban ansiosamente el camino por donde habían de aparecer sus hermanos.

— ¿Ves algo?— preguntaba de tanto en tanto la infeliz esposa, a quien las lágrimas le impedían fijar la vista.

—Nada, hermana, nada —respondía Ana—. Solamente unos labradores que siegan las mieses.

— ¿Y ahora?

—Nada...; sólo el campo y el sol que lo ilumina...

Pasaba el tiempo rápidamente; estaba próxima la hora en que debía cumplirse el sacrificio. . .

Barba Azul, mientras tanto, cansado de esperar, gritaba furioso:

— ¡Baja ya, si no quieres que suba a buscarte!

—Déjame un instante más — suplicaba su esposa mientras por lo bajo preguntaba, a su hermana:

— ¿No ves nada?

—Nada absolutamente, hermana...

— ¡Baja ya, que se ha cumplido el plazo que te he concedido! — tornó a gritar Barba Azul.

—Espera, ya bajo — respondió la joven y quedamente tonó a preguntar:

— ¿Y ahora, ves algo?

— ¡Sí, sí! Dos caballeros se aproximan al castillo. Pero vienen lejos aún y tardarán en llegar.

Y como Barba Azul continuaba vociferando amenazadoramente, la pobre joven se decidió a bajar. Al llegar junto a él se arrojó llorando a sus pies, suplicándole que tuviese piedad.

— ¡No supliques; no ruegues! ¡Tienes que morir!

La tomó fuertemente de los cabellos con una mano, con la otra levantó un afilado cuchillo, y cuando la infeliz lo miró con ojos suplicantes, repitió en un arranque de enojo:

— ¡Nada pidas! ¡Estoy dispuesto y no quiero perder tiempo!

Y cuando se disponía a clavar el arma, detuvo su brazo en el aire. Afuera se oían pasos apresurados y después violentos golpes en la puerta.

Titubeó Barba Azul. Dejó a su mujer y se dirigió resueltamente hacia la puerta, empuñando siempre el cuchillo. Pero apenas la hubo abierto, su rostro reflejó el terrible miedo que sentía al ver aparecer a dos jóvenes armados de largas y filosas espadas. ¡Eran los hermanos de la joven! El malvado Barba Azul, que reconoció al instante a los recién llegados, quiso huir para evitar el castigo, pero no tuvo tiempo; cuando atravesaba la puerta del palacio; las afiladas espadas le penetraron en el cuerpo, haciéndole pagar muy cara su maldad.

La infeliz esposa, que había presenciado todo lo ocurrido, temblaba llena de espanto. Se levantó y fue a abrazar a sus valientes hermanos, que con su oportuna intervención habían evitado que, muerta ya, ocupara un lugar en el aposento prohibido del feroz Barba Azul.

El tiempo se encargó después de hacer que todo se olvidara. Como Barba Azul no tenía ningún pariente, sus riquezas pasaron a su esposa, que no tardó en casarse con un caballero de muy buenos sentimientos. También su hermana Ana realizó muy buen matrimonio, y los dos hermanos recibieron de la heredera, como premio a su valiente acción, el regalo de varios castillos. El aposento de la muerte fue destruido, igual que la llave negra. Y siempre recordaron los cuatro hermanos que lo sucedido se debía a la curiosidad malsana de una de las hermanas, que a partir de aquellos momentos se corrigió para siempre.

Fuente original: Cuentos de Perrault, 2001

CONTINUIDAD DE LOS PARQUES (JULIO CORTÁZAR)(1964)

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo

de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

LA PUERTA DE LA LUNA (ANA MARÍA MATUTE)

No sé quién de nosotros lo llamó así: «la puerta de la luna». Es posible que influyeran en ello los relatos de piratas, tesoros ocultos o cosa parecida, leída en cualquier libro. En todo caso, ninguno de nosotros entendía claramente este nombre, pero contenía todo un mundo secreto, aparte y absolutamente nuestro.

La puerta de la luna era un lugar, una roca, una especie de plataforma de piedra, sobresaliente en la cresta de la montaña detrás de la casa, llamada «El Sestil». Aquella plataforma era capaz de contener tres o cuatro niños, cantimploras con vino, armas, algún perro ladino y cariñoso, parte de una vieja tienda de campaña y una variada sucesión de objetos más o menos preciosos e imprescindibles. La puerta de la luna, si bien era un magnífico punto de observación, permanecía oculta entre arbustos, maleza y espinos, por lo que constituía el escondite ideal de nuestra infancia. Allí íbamos cuando huíamos de algún castigo, o, simplemente, cuando queríamos estar solos. Más tarde, supe que aquel escondite fue también patrimonio y secreto de mi madre y sus hermanos, y más tarde lo fue nuevamente de mi hermana pequeña y sus amigos. Pero ninguno de nosotros ni de ellos transmitió el secreto. Cada hornada de niños lo descubrió por sí solo, y cada grupo le dio un nombre distinto. Muchas veces, como dije, íbamos solos, uno a uno, en diferentes circunstancias y estados de ánimo. Recuerdo ahora con gran nostalgia aquella soledad, aquel permanecer sentada en la roca saliente sobre el precipicio, observando entre las hojas y los espinos de la montaña. Allí abajo, en la casa, las personas mayores eran como hormiguillas multicolores. Producía un raro cosquilleo de superioridad condescendiente, casi tierno, contemplarlas. El ir y venir de las criadas, del niño de los recados... Aquella era una soledad suntuosa, plena. A veces me echaba

cara al cielo, roto entre el ramaje, donde florecían las diminutas rosas del espino. Se oía gritar muy cerca a los cuervos que anidaban en los castillos de la roca, entre murciélagos y mariposas negras. Era algo sombrío y luminoso a un tiempo. Todos los niños del mundo, creo yo, necesitan la puerta de la luna.

Cuando volví a ver aquello, todo inundado, busqué, con la mano sobre los ojos, el otro lado del pantano, el lugar maravilloso. El agua no lo había rozado. Desde la otra orilla, adiviné la plataforma de piedra, el viento entre las hojas, los gritos de los grajos y los cuervos. Lo reconocí, como se reconoce a un amigo, una fuente o un árbol. La puerta de la luna aparecía desolada, sin voces de muchachos, ni cuchicheos, ni soledad de niño que empieza a pensar y a crecer.

Sin embargo, aún tenemos la puerta de la luna. Se recupera, lo sé muy bien, en la hora de la soledad que todos buscamos durante el transcurso del día. En ese día de soledad que todos pedimos, necesitamos, en el transcurso de los meses, de los años. En la puerta de la luna los niños crecían despacio, dentro de sí. En nuestra hora de soledad, la puerta de la luna nos devuelve al niño que aún vaga dentro de nosotros, buscando inútilmente puertas y ventanas por donde escapar

EL ESPEJO DE MATSUYAMA (JUAN VALERA)(1887)

Mucho tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo. Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vio obligado a ir a la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fue solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vio al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

-¡A ti -dijo a su mujer- te he traído un objeto de extrañó mérito; se llama espejo! Mírale y dime qué ves dentro.

Le dio entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vio que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

-¿Qué ves? -preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

-Veo a una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva, ¡caso extraño!, un vestido azul, exactamente como el mío.

-Tonta, es tu propia cara la que ves -le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía-. Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose a cada momento, porque como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreír a la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fue empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su marido y a su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

-Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti. Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo -1007- del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla, en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

-Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

-Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió además el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle.

Enterneado por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante a la de su difunta madre.

EL INFIERNO DE LOS ESPEJOS (EDOGAWA RAMPO)(1926)

Kan Tanuma es uno de los amigos más extraños que he tenido nunca. Desde el principio sospeché que sufría algún tipo de desequilibrio mental. Hay quien lo consideraría poco más que un excéntrico, pero yo estoy convencido de que se trataba de un lunático. Sea como fuere, tenía una obsesión, una pasión por todo lo que pudiera reflejar una imagen, así como por cualquier clase de lente. Incluso cuando no era más que un niño, los únicos juguetes con los que se divertía eran faroles mágicos, telescopios, cristales de aumento, caleidoscopios, prismas y objetos similares.

Puede que esta extraña obsesión de Tanuma fuera hereditaria, ya que a su bisabuelo Moribe también se le conocía la misma afición. Prueba de ello es la colección de objetos (artículos de cristal y telescopios primitivos, además de libros antiguos sobre temas afines) que el tal Moribe había obtenido de los primeros mercaderes holandeses llegados a Nagasaki. Sus descendientes los fueron heredando hasta que terminaron en manos del último de ellos, mi amigo Tanuma.

Aunque los episodios relacionados con la obsesión de Tanuma por espejos y lentes en su infancia son casi infinitos, los que recuerdo con más nitidez tuvieron lugar en el último tramo de su estancia en el instituto, cuando se sumió por completo en el estudio de la física, sobre todo de la óptica.

Un día, mientras estábamos en clase (Tanuma y yo éramos compañeros de curso en el mismo colegio), el profesor pasó entre los alumnos un espejo cóncavo y nos invitó a todos a observar los reflejos de nuestras caras en él. Cuando me tocó a mí retrocedí horrorizado, ya que los numerosos granos purulentos de mi rostro, aumentados varias veces por aquel objeto, eran idénticos a los cráteres de la luna vistos a través del telescopio gigante de un observatorio astronómico. Quizá sea el momento de decir que siempre había sido sensible en extremo acerca de la gran cantidad de granos que tenía en la cara, tanto que la impresión que sufrí en aquella ocasión me provocó auténtica fobia a mirarme en ese tipo de espejos cóncavos. En una ocasión, poco después del incidente mencionado, fui de visita a una exposición de ciencias, pero en cuanto descubrí a lo lejos la presencia de un inmenso espejo cóncavo di media vuelta y me alejé presa del pánico.

Tanuma, por el contrario, tuvo una reacción opuesta a la ocasionada por mi acusada sensibilidad, y en cuanto vio el espejo cóncavo que llevaron a clase dejó escapar un agudo chillido de alegría. -Maravilloso..., maravilloso- gritó entre las carcajadas del resto de los estudiantes.

Sin embargo, para Tanuma no era ninguna broma, más bien se trataba de un asunto muy serio. A partir de entonces creció tanto su afición por los espejos cóncavos que no dejaba de comprar todo tipo de materiales útiles para sus fines: alambre, cartón, espejos y objetos por el estilo. Con ellos comenzó a construir, como si fuera un niño travieso, diversas cajas mágicas infernales para las que se sirvió de los muchos libros que había ido adquiriendo, todos ellos dedicados al arte de la magia científica.

Tras acabar el instituto, Tanuma no mostró ninguna intención de continuar con su carrera académica. En su lugar, con el dinero que le proporcionaban unos padres generosos y poco exigentes, construyó un pequeño laboratorio en un rincón de su jardín. Y dedicó todo su tiempo y sus esfuerzos a aquella obsesión por los instrumentos ópticos.

Terminó aislándose del todo en su extraño laboratorio, y yo era el único amigo que le visitaba de vez en cuando, ya que los demás lo habían dejado de lado a causa de su creciente excentricidad. Cada una de mis visitas me hacía preocuparme más y más con respecto a su anormal forma de actuar, y es que me parecía evidente que su enfermedad iba de mal en peor.

Por aquella época murieron sus padres y recibió una magnífica herencia. Al verse libre de cualquier tipo de supervisión, y con fondos de sobra para satisfacer hasta el último de sus caprichos, su irresponsabilidad fue en aumento. Al mismo tiempo, como ya tenía veinte años, comenzó a mostrar un acusado interés por el sexo opuesto. Esta inclinación se mezcló con la mórbida obsesión por la óptica, y ambas se constituyeron en una poderosa fuerza que lo dominó por completo.

Lo primero que hizo con su herencia fue construir un pequeño observatorio que equipó con un telescopio astronómico para explorar los misterios de los planetas. Como su vivienda se hallaba situada en alto, se trataba de un lugar idóneo para aquella finalidad.

Pero a él no le bastaba con una ocupación tan inocua. No tardó en dirigir el telescopio hacia la tierra y enfocar con su lente las casas de los alrededores. Ni los cercados ni otras barreras eran un obstáculo para él, ya que el observatorio estaba en un punto muy elevado.

Los ocupantes de los hogares circundantes, que no tenían la más mínima sospecha de que los ojos curiosos de Tanuma los espían a través de un telescopio, hacían su vida sin preocupación alguna y dejaban las puertas correderas de papel abiertas de par en par. La consecuencia fue que la exploración secreta de la vida privada de los vecinos proporcionó a Tanuma un placer hasta entonces desconocido. Una noche tuvo el detalle de invitarme para que echase un vistazo, pero lo que vi me hizo enrojecer de vergüenza y me negué a volver a participar en esa actividad.

Poco después instaló un tipo especial de periscopio, que le proporcionaba una completa vista de las habitaciones de sus numerosas sirvientas mientras él estaba sentado en el laboratorio. Ignorantes de este hecho, las criadas se comportaban con toda libertad en sus dependencias privadas.

Uno de los episodios de aquellos días, que aún no he logrado alejar de mi pensamiento, tuvo como protagonistas a los insectos. Tanuma empezó a estudiarlos con un pequeño microscopio y disfrutaba como un niño observando tanto sus peleas como sus apareamientos. Tuve la desgracia de presenciar una terrible escena: la de una pulga aplastada. Fue una visión realmente cruenta, ya que, aumentada mil veces, parecía un enorme jabalí debatiéndose en un charco de sangre.

Más adelante fui a visitar a Tanuma una tarde y llamé a la puerta del laboratorio, pero no respondió. Por lo tanto, como era mi costumbre, entré sin darle mayor importancia. El interior estaba totalmente a oscuras porque unas cortinas negras cubrían las ventanas. Y entonces, de pronto, en el inmenso muro que había delante de mí apareció un objeto indescriptible y borroso, de un tamaño tan monstruoso que ocupaba todo el espacio. Fue tal el susto que me quedé paralizado.

Poco a poco la «cosa» de la pared fue adquiriendo un aspecto más definido. La primera forma que se pudo percibir fue la de un pantano repleto de maleza oscura. Debajo había dos enormes ojos del tamaño de tinas de lavar, con unas pupilas de color marrón que centelleaban de un modo horrible, mientras que por los lados fluían diversos ríos de sangre sobre una blanca meseta. Luego había dos grandes cuevas de las que parecían surgir los enmarañados extremos de grandes escobas. Se trataba, por supuesto, de los pelos que crecían en las cavidades de una nariz gigantesca. Después venían dos gruesos labios, similares a voluminosos cojines de color carmesí; y se movían sin cesar, dejando a la vista dos filas de dientes blancos cuyas proporciones se hallaban próximas a las de las tejas de la cubierta de una casa. Era la imagen de un rostro humano. Tuve la vaga sensación de que, a pesar de su grotesco tamaño, era capaz de reconocer los rasgos que lo conformaban.

En ese preciso instante oí que alguien me hablaba: -¡No tengas miedo! ¡Soy yo!- La voz me produjo un nuevo sobresalto, ya que los abultados labios se movían al mismo tiempo que surgían las palabras, y los ojos daban la sensación de sonreír.

De repente, sin previo aviso, la habitación se llenó de luz y la visión de la pared se desvaneció. Casi de modo simultáneo apareció Tanuma desde detrás de una cortina en la parte trasera de la estancia.

Se acercó a mí con una sonrisa maliciosa y, presa de un orgullo infantil, exclamó:

-¿Acaso no ha sido un magnífico espectáculo?- Mientras yo seguía inmóvil e incapaz de hablar, estupefacto aún, me explicó que lo que acababa de ver era la imagen de su propia cara proyectada sobre la pared gracias a un estereopticon que había diseñado especialmente para el rostro humano.

Unas semanas después inició un nuevo experimento. En esta ocasión construyó una pequeña habitación dentro del laboratorio y revistió el interior de espejos. Las cuatro paredes, así como el suelo y el techo, eran espejos. Por lo tanto, cualquiera que entrase allí se vería enfrentado con los reflejos de todas y cada una de las porciones de su cuerpo; y, como los seis espejos se reflejaban unos a otros, las imágenes se multiplicaban y se volvían a multiplicar ad infinitum. Tanuma nunca llegó a explicar qué se proponía al instalar aquella sala. Pero sí recuerdo que una vez me invitó a entrar en ella. Lo rechacé de plano, ya que me aterrorizaba solo pensarlo. Sin embargo, según los sirvientes de Tanuma, este solía introducirse en la «cámara de los espejos» con Kimiko, su criada favorita, una exuberante chica de dieciocho años, con el objeto de gozar de los placeres ocultos de la región de los espejos.

Los criados también me dijeron que, en otros momentos, entraba solo en la cámara y permanecía allí durante muchos minutos, con frecuencia incluso una hora. En una ocasión estuvo tanto tiempo dentro que los sirvientes llegaron a asustarse. Uno de ellos reunió el valor suficiente y llamó a la puerta. Tanuma salió dando un salto, desnudo por completo, y, sin ofrecer una sola explicación, desapareció en su propio dormitorio.

Llegados a este punto, sería necesario mencionar que la salud de Tanuma se deterioraba con gran rapidez. Por otro lado, su obsesión con respecto a los instrumentos ópticos crecía sin cesar. No dejaba de colocar cada vez más espejos de todas las formas y descripciones posibles (cóncavos, convexos, estriados, prismáticos) así como modelos híbridos que daban lugar a proyecciones absolutamente distorsionadas. Al final, no obstante, alcanzó un punto en que ya no le fue posible hallar ninguna satisfacción a no ser que él mismo fabricara sus propios espejos. De ahí que instalara una planta de tratamiento de vidrio en su amplio jardín, y allí, con la ayuda de un selecto equipo de técnicos y operarios, comenzó a producir todo tipo de

espejos fantásticos. No había ningún familiar que pudiera frenar aquella disparatada labor, y los pingües salarios que pagaba a sus criados le aseguraban una completa obediencia. Llegué a la conclusión de que era yo quien tenía la obligación de convencerle para que dejara de derrochar una fortuna que menguaba a toda velocidad. Pero Tanuma no me escuchó.

A pesar de todo, yo estaba decidido a seguir vigilándolo porque temía que perdiera la razón por completo, y por consiguiente lo visitaba con gran frecuencia. Y en cada una de las ocasiones en que lo hice pude comprobar que había fabricado un ejemplo aún más insensato que el anterior para su orgía de espejos.

Una de las cosas que hizo fue cubrir una pared entera del laboratorio con un espejo gigante. Luego abrió cinco agujeros en él; después se dedicó a sacar los brazos, las piernas y la cabeza por los agujeros desde detrás del espejo, creando así la asombrosa ilusión de un cuerpo carente de tronco que flotaba en el espacio.

En otras ocasiones hallaba el laboratorio en un estado de completo desorden, debido a la variedad de espejos con formas y tamaños fantásticos que allí se amontonaban (estriados, cóncavos y convexos sobre todo), y a él lo veía bailando en medio de aquel caos, totalmente desnudo, como si de un primitivo oficiante de ritos paganos o de un hechicero se tratase. Siempre que contemplaba aquellas escenas sentía escalofríos, ya que el reflejo de su cuerpo desnudo haciendo desbocadas piruetas se distorsionaba y serpenteaba dando lugar a mil variantes distintas. Unas veces se veía una cabeza doble con unos labios hinchados de proporciones inmensas; otras, su vientre se abultaba y se elevaba para, acto seguido, volver a quedar plano; hacía girar los brazos hasta que estos se multiplicaban como los de las antiguas estatuas budistas chinas. El caso es que, en esos momentos, el laboratorio se transformaba en un purgatorio de fenómenos asombrosos.

A continuación instaló un caleidoscopio gigante que parecía ocupar la totalidad del laboratorio. Un motor lo hacía girar, y con cada rotación del inmenso cilindro los colosales modelos de flores de su interior cambiaban de forma y de color (rojo, rosa, púrpura, verde, bermellón, negro), al igual que las flores del sueño de un adicto al opio. Y el propio Tanuma entraba a rastras en el cilindro y dentro bailaba como un demente entre las flores, con su cuerpo totalmente desnudo y sus miembros multiplicándose como los pétalos hasta que daba la impresión de que formaba parte del mundo floral del caleidoscopio.

Tampoco terminó ahí su locura: todo lo contrario. Sus fantásticas creaciones eran cada vez más numerosas y cada una de ellas superaba las proporciones de la anterior. Más o menos hasta entonces yo había creído que aún seguía relativamente cuerdo; pero al final tuve que admitir que había perdido la cabeza por completo. Y muy poco después llegó el terrible y trágico clímax de esta historia.

Una mañana me despertó de repente un mensajero procedente de la casa de Tanuma.

—¡Ha ocurrido algo terrible! ¡La Srta. Kimiko quiere que venga usted inmediatamente! —gritó el mensajero, blanco como una hoja de papel de arroz.

—¿Qué sucede? —pregunté mientras me vestía a toda prisa.

—Aún no lo sabemos —exclamó el criado—. Pero, por el amor de Dios, ¡venga conmigo ahora mismo!

Traté de obtener más información del sirviente, pero se expresaba de un modo tan incoherente que me di por vencido y fui lo más rápido que pude al laboratorio de Tanuma.

Al entrar en aquel inquietante lugar, la primera persona a la que vi fue a Kimiko, la atractiva camarera que Tanuma había convertido en su amante. Junto a ella había varias criadas más, todas ellas apiñadas y observando llenas de horror el gran objeto esférico que descansaba en el centro de la sala.

La esfera era más o menos el doble de grande que los balones que suelen emplear los payasos del circo para hacer equilibrios. El exterior estaba completamente cubierto con un paño blanco. Lo terrorífico era que aquella esfera no dejaba de rodar lenta e inopinadamente, como si estuviese viva. Lo peor, sin embargo, era el extraño eco que surgía del interior del balón, un sonido similar a la risa, una risa que parecía salir de la garganta de una criatura de otro mundo. —¿Qué...? ¿Qué ocurre? ¿Se puede saber qué está pasando? —pregunté al atónito grupo. —No..., no lo sabemos —respondió una de las criadas con aire ausente—. Creemos que nuestro patrón está ahí dentro. Pero no podemos hacer nada. Hemos llamado varias veces y no hay respuesta, salvo esa misteriosa risa que usted está oyendo ahora.

Tras escuchar estas palabras, me acerqué a la esfera con cuidado para tratar de descubrir cómo salían aquellos sonidos de ella. No tardé en hallar varios orificios de ventilación. Miré por uno de los pequeños agujeros hacia el interior, pero no pude ver nada con claridad porque me lo impidió una brillante y cegadora luz. Sin embargo, de algo estaba seguro: ¡allí había una criatura encerrada!

—¡Tanuma! ¡Tanuma! —grité varias veces, pegando la boca al agujero. Pero lo único que oí fue otra vez aquella extraña risotada.

No sabía qué hacer y, por unos instantes, me quedé mirando dubitativo el movimiento de la bola. Entonces, de pronto, vi las finas líneas que delimitaban un plano en la lisa superficie exterior. Me di cuenta de inmediato de que se trataba de la puerta por la que se accedía al interior de la esfera. —Pero, si es una puerta, ¿dónde está el tirador para abrir?—, me pregunté. Examiné la puerta con atención y encontré un pequeño agujero que, con toda seguridad, había servido para alguna clase de manilla.

Al ver aquello me asaltó un terrible pensamiento. —Es bastante posible—, pensé, —que el tirador se haya salido de forma accidental y que, por tanto, quienquiera que esté en el interior haya quedado atrapado en la esfera. En ese caso, esa persona debe de haber pasado toda la noche dentro sin poder salir.—

Busqué por el suelo del laboratorio y enseguida hallé una manilla con forma de T. Intenté introducirla en el hueco que había visto, pero no lo logré, ya que la barra estaba rota.

No conseguía entender por qué demonios el hombre que estaba en el interior (si es que de un hombre se trataba) no gritaba pidiendo ayuda en lugar de reírse sin parar. —Quizá—, recordé de pronto con miedo, —Tanuma está ahí dentro y se ha vuelto loco de atar.—

Decidí al instante que solo había una solución. Me dirigí a toda prisa al taller de cristal, cogí un martillo grande y volví al laboratorio sin perder un segundo. Apunté cuidadosamente y, con todas mis fuerzas, golpeé aquel globo con el martillo. Di una y otra vez en el extraño objeto hasta que terminó siendo poco más que un amasijo de gruesos fragmentos de vidrio.

El hombre que salió arrastrándose de los escombros no era otro que Tanuma. Pero estaba casi irreconocible debido a la transformación que había sufrido. Tenía el rostro flácido y descolorido, sus ojos vagaban sin rumbo fijo, el pelo era una pura maraña, la boca la mantenía abierta y la saliva le caía en delgados y espumosos chorros. Toda su expresión hacía pensar en un maníaco desquiciado por completo.

Incluso Kimiko retrocedió con horror tras ver aquella monstruosidad de hombre. No hace falta decir que Tanuma se había vuelto totalmente loco.

—Pero ¿cómo ha llegado a ocurrir esto? —me pregunté—. ¿Acaso estar encerrado dentro de esa esfera de cristal es motivo suficiente para que haya perdido la cabeza? Además, lo primero que habría que saber es por qué la ha construido.

Aunque pregunté a los criados que seguían apiñados cerca de mí, no fui capaz de sacar nada en claro, porque todos juraban que no sabían siquiera de la existencia de aquel globo.

Tanuma, sin dejar de sonreír, comenzó a moverse por la estancia como si no tuviera la más mínima idea de dónde se hallaba. Kimiko se recuperó del susto inicial haciendo un gran esfuerzo y, entre lágrimas, empezó a darle tironcitos en las mangas. En ese preciso instante se presentó el ingeniero jefe del taller para iniciar la jornada de trabajo.

Hice caso omiso de su desconcierto por lo que estaba viendo y empecé a lanzarle preguntas sin cesar. Aquel hombre estaba tan perplejo que apenas si era capaz de responder tartamudeando. Pero esto es lo que me dijo:

Hacía ya bastante tiempo que Tanuma le había encargado que construyera aquella esfera de cristal. Tenía un grosor de más de un centímetro y un diámetro aproximado de un metro veinte. Para hacer del interior un espejo de una sola pieza, Tanuma ordenó a los obreros y a los ingenieros que cubrieran de azogue el exterior del globo; después colocaron por encima varias capas de paño de algodón. El diseño del interior permitía la existencia de pequeñas cavidades dispersas que actuaban como receptáculos para unas bombillas empotradas. También había una puerta de entrada para un hombre de envergadura normal.

Ingenieros y operarios desconocían por completo el propósito de aquel objeto, pero las órdenes eran las órdenes y, por tanto, habían llevado a cabo la tarea encomendada. Por fin, la noche anterior quedó terminado el globo, con el añadido de un cable eléctrico de gran longitud ajustado de forma precisa a un enchufe que se hallaba en la cubierta, y lo llevaron al laboratorio tomando todas las precauciones posibles. Conectaron el cable a un enchufe situado en la pared y se marcharon, dejando a Tanuma a solas con la esfera. Lo que sucedió después, por supuesto, lo ignoraban.

Tras escuchar el relato del ingeniero jefe, le pedí que saliera. Luego dejé a Tanuma al cuidado de los criados, que lo llevaron a su casa propiamente dicha, y me quedé solo en el laboratorio con la vista fija en los fragmentos de cristal desperdigados por la sala, tratando desesperadamente de resolver el misterio de todo aquel asunto.

Así permanecí durante bastante tiempo, reflexionando acerca del enigma. Al final llegué a la conclusión de que Tanuma, una vez agotadas todas las ideas nuevas con respecto a sus obsesiones ópticas. Había decidido construir un globo de cristal completamente cubierto por un espejo para introducirse en él y contemplar su propio reflejo.

¿Por qué iba a volverse loco un hombre al entrar en un globo de cristal revestido por un espejo? ¿Qué demonios había visto allí? Mientras por la cabeza se me pasaban estas ideas, tenía la sensación de que me habían clavado en la espina dorsal una espada de hielo.

¿Perdió la cabeza al verse a sí mismo reflejado por un espejo absolutamente esférico? ¿O su cordura fue desapareciendo poco a poco tras descubrir de pronto que se hallaba atrapado dentro de su horrible y redondo ataúd de vidrio..., junto con «aquel» reflejo?

¿Qué había visto?, me volví a preguntar. Tenía que ser algo que escapaba por completo a la imaginación humana. Nadie, casi con toda seguridad, se había encerrado antes dentro de los

confines de una esfera forrada con un espejo. Ni siquiera un experto físico podría haber adivinado con exactitud qué tipo de visión se crearía en el interior de aquella esfera. Lo más probable es que se tratase de algo tan impensable que quedara totalmente al margen de nuestro mundo.

Aquel reflejo, fuese cual fuese su apariencia, debió de ser tan extraño y terrorífico al ocupar todo el campo de visión de Tanuma, que cualquier mortal sometido a él se hubiera vuelto loco. Lo único que conocemos es el reflejo producido por un espejo cóncavo, que a su vez no es más que la sección de una esfera. El enorme aumento a que da lugar es de una naturaleza monstruosa. Pero ¿quién puede imaginar lo que llegaría a ver alguien rodeado por una sucesión completa de espejos cóncavos?

Mi desventurado amigo, no cabe duda, había intentado explorar las regiones de lo desconocido, violando así tabúes sagrados y provocando la ira de los dioses. Al tratar de penetrar en los secretos dominios del conocimiento prohibido, con su extraña obsesión por los fenómenos ópticos, se había destruido a sí mismo.

Relatos japoneses de misterio e imaginación

LA CASA DE LOS ESPEJOS (LEYENDA ANÓNIMA)

En la vieja ciudad española de Cádiz, dicen que existe una casa antiquísima y muy deteriorada por el tiempo. En el pasado fue una magnífica residencia donde llegó a vivir un respetado almirante, acompañado de su esposa. Los años les habían permitido procrear una hija hermosísima, que desde el primer instante fue la adoración de su padre.

El almirante la quería mucho y era por eso que la malcriaba en exceso, siendo incapaz de negarle nada. Conforme iba creciendo, la niña se fue haciendo cada vez más bella y al convertirse en una joven preciosa, empezó a adquirir la costumbre de coleccionar espejos. Grandes y pequeños, viejos y nuevos, todos le encantaban y su padre le traía los más exóticos de las ciudades a las que viajaba constantemente.

Pronto, la casa se llenó con cientos de espejos en los que a la muchacha le fascinaba reflejarse, para disgusto de su madre, quien la odiaba. Sentía que desde que ella había nacido, le había robado todas las atenciones de su marido, quien por consentirla a ella ya ni la miraba.

De modo que un día, cuando el almirante zarpó en su barco, la desalmada mujer colocó veneno en la comida de su hija.

Cuando el almirante volvió del mar, cargado de regalos para la jovencita, recibió la noticia de que la pobre había enfermado misteriosamente y hacía días que la habían enterrado.

Destrozado por la pérdida, se encerró en su oficina y se puso a beber rodeado por los espejos de su niña.

De pronto, como si se tratara de una invocación, uno de ellos reflejó el pálido rostro de la muchacha y el instante en que tomaba la sopa en la que furtivamente, su madre había deslizado el veneno.

El hombre vio todo esto y lleno de cólera, salió a enfrentar a su mujer, obligándola a confesar el crimen.

Entre llantos desesperados, su esposa le confesó que sí, que había matado a su hija, pero había sido solamente para recuperar su amor pues hacía años que ni siquiera la miraba. Tenía unos

celos enfermizos de la belleza de la muchacha, de la atención que recibía de él y las cosas que siempre conseguía. Y los espejos, no soportaba los malditos espejos.

Lleno de desprecio, su marido la estranguló hasta matarla y luego, él mismo se colgó en la casa. Dicen que sus almas se quedaron atrapadas en los espejos, junto con la de su hija, quien nunca logró descansar en paz.

En los años sucesivos, la casa de los espejos se volvió muy famosa entre los lugareños por las cosas extrañas que en ella sucedían.

Se decía que por las noches se escuchaban susurros, llantos y hasta gritos que le helaban a uno la sangre. En otras ocasiones, a través de la ventana se podía vislumbrar a una joven muy hermosa y pálida que deambulaba por el interior. Y si alguna persona se atrevía a entrar, no tardaría en jurar que la había visto reflejada en los deteriorados espejos que aun se mantenían dentro.

<https://relatoscortos.org/la-casa-de-los-espejos/>

LOS ESPEJOS (MONÓLOGO)(LUIS PIEDRAHÍTA)

La sinceridad, uno de los defectos mejor vistos

Se podría decir que la cuchara de sopa es el espejo de los pobres, porque, aunque no hayas comido en seis días, te miras en una cuchara y te ves mofletudo.

Alguien debería hablar de una vez por todas de estos pequeños seres llamados espejos. Una de las cosas más fascinantes de los espejos es que se inventaron directamente en color. Todas las cosas de ver, como el cine, la tele, la fotografía... todo eso se inventó en blanco y negro, y después se inventó en color. El espejo se hizo directamente en color. Lo más parecido a un espejo en blanco y negro es la sombra, pero ese invento todavía está por perfeccionar.

Los espejos tienen cosas muy buenas, son mágicos, son bonitos, no gastan pilas., pero tienen un defecto muy gordo, son unos maleducados.

—Espejito, espejito, ¿quién es la más guapa del reino? —Blancanieves.

Digo yo que será para gustos, porque yo veo los dibujos y a mí la que me gusta es la madrastra, morenaza, elegante, ojos rasgados... ¡Españolaza! Y Blancanieves, ¿qué? Con esa cara de manzana, esas mejillas rojas, que se mete en un cuarto oscuro y puede revelar fotos. En el cuento no viene, pero Blancanieves iba por la carretera nacional, saliendo del bosque, y se paraban los coches: «Disculpe, señorita, creía que era usted un burdel».

Pero el espejo seguía diciendo que la más guapa era Blancanieves. ¡Qué falta de educación decirle eso a la pobre madrastra! Que esa señora ya tiene una edad, seguramente está en la crisis de los cuarenta. Los espejos son como esa gente que te dice: «No, yo es que soy muy sincero». Tú lo que eres es un maleducado.

El espejo que se pasa de sincero es el de los supermercados. En Caprabo o en Carrefour hay espejos en los que te miras y piensas: «Dios mío, qué pinta tengo, qué ojeras, parece que voy a morirme mañana, debería comprar productos de mejor calidad».

Un espejo, normalmente, suele decir la verdad. Y si no puede, se las ingenia. Por ejemplo, Fidel Castro. ¿Cómo es Fidel Castro? Con barba. ¿Y si se la afeita y se mira al espejo? Pues no se ve, porque necesitaría muchísima agua caliente para afeitarse, y el espejo se empañaría tanto que cuando se volviera a desempañar la barba ya le habría vuelto a salir. Así el espejo no tiene que mentir.

Si Fidel Castro levanta la mano izquierda, en el espejo levanta la derecha. Esto es muy curioso, en el espejo se invierte la imagen, las cosas se leen al revés y eso ha obligado a las autoridades sanitarias a escribir en las ambulancias la palabra «ambulancia» al revés, «AICNALUBMA», para que cuando lo leamos en el espejo retrovisor sepamos que es una ambulancia. Menos mal. ¿Y qué va a ser!? ¡Una furgoneta blanca, con cruces rojas en los lados y sirenas! «¿Qué será, que será? ¡Ah, coño, una ambulancia, si lo pone ahí escrito al revés».

Los espejos retrovisores necesitan un apartado especial. ¿Habéis oído hablar del punto ciego de los espejos retrovisores? Cuando ves que no hay nadie, vas a adelantar y de repente, de la nada, te sale un Volkswagen Passat. ¡Se llama punto ciego! ¡Cómo que «punto»! Ahí adentro cabe un monovolumen. ¡Eso no es un punto, es un boquete! Es como si a mí me sale un grano del tamaño de un Xsara Picasso y digo que es un punto negro.

Con los espejos se pueden hacer muchas cosas, desde gafas hasta edificios. ¿Por qué se hacen rascacielos de espejos? ¿Para que se mire el piloto de un helicóptero? «Mmm, ¡qué bien me quedan las gafas y el gorrillo de borreguito!». Lo suyo es poner los espejos por dentro de los edificios. Los ponen para que las tiendas parezcan más largas. Eso es un peligro, entras en la tienda y dices... «¡Huy, qué larga! ¡Voy a correr hasta el otro extremo, igual que ese otro niño de mi edad que viene hacia mí!». Según te vas acercando dices: «Ya se apartará, ya se apartará...». Y en el último momento te apartas tú y, ¡tong! «¡Joder, al tío le da por apartarse hacia el mismo lado!». Te queda la cabeza tan llena de trocitos de espejo que podrían colgarte del techo en una discoteca.

¿Cómo se hace una bola de espejos? Habrá que recortar mil espejitos en cuadraditos y pegarlos uno a uno en un balón de baloncesto. Eso es un peligro, si la bola se cae son siete mil años de mala suerte, casi una vida.

Cuando cuelgas un espejo se queda reflejando siempre lo mismo, la misma habitación, el mismo cuarto de baño, el mismo pasillo. Lo único que los alegra es cuando uno se pone delante. El espejo del armario se pasa la vida reflejando las mangas de los abrigos, pero cuando lo abres «¡hiuuu!». Lo impresionante es cuando un día sacas un espejo de casa y el espejo mira al cielo, porque ahí vacía su alma. Ves las nubes reflejadas y piensas: «Cuántas cosas cabían en este espejo y yo lo tenía reflejando mangas de abrigo».

Los espejos no son malos, al fin y al cabo ellos no son más que un reflejo de la sociedad. Es la sociedad quien los corrompe. Viene, les tira una piedra y los corrompe en mil pedazos. Y eso da mala suerte.